

sa y triste monotonía de los conductores franceses, vuelve á oír por primera vez la alegre vocinglería de los mayores y zagales españoles, los gritos de : — « *Valerosa, pulida, coronela : ¡ ay ! si voy allá ! por vida de Jesus me valga esa panadera ! la corza ! la corza ! déjala, no la mates : rrrrá....* » Y aunque á los ocho pasos tenga que detenerse el carruaje porque se rompió una cuerda y se enredaron otras (cosa que no se ha visto en 800 leguas andadas por el extranjero), esto mismo hace gracia, y se convierte en sabrosa salsa y alegre risa.

Al repasar el Bidasoa, el corazón se ensancha naturalmente, y naturalmente no puede ménos de exclamarse : « Gracias á Dios que estamos en nuestra tierra. » Hice llamar al sargento de guardia, cumplí mi promesa hecha á los soldados, de lo cual ellos no se manifestaron pesados ; y dando tumbos el carruaje, señal de haber entrado en calzada española, llegamos á Irun, donde los dos viajeros empezamos á recibir obsequios y demostraciones de afecto de parte de la oficialidad de la guarnición, y de los empleados de la aduana, del correo y demas, complaciéndome de pagar ahora este pequeño tributo de gratitud á aquellos hermanos, ya que otra ocasión no he tenido ántes de poderlo hacer.

David, judío y cojo.

No puedo dispensarme de hacer particular mención de algunas circunstancias de la jornada de aquel día. Desde Bayona veníamos en compañía de varios españoles, todos de buen humor, y todos piés útiles y dispuestos para la broma y el *gaudeamus*, tan necesarios para neutralizar las molestias de un camino. Pero entre todos descollaba por la jovialidad de su genio, por su bulliosidad y viveza, y por la oportunidad de sus chistes el célebre judío *David Séches* comerciante y morador del barrio de *Sancti-Spiritus* de Bayona (1), hombre de mediana edad, buen *coram-vobis*, pero mas cojo que Tirabeque, testigo la muleta *sine qua non*.

(1) Por eso dije en nota á la página décima del tomo 1º que parecia estar yo destinado á viajar con nombres del Antiguo Testamento. Empecé en el camino de Búrgos con el niño *Moisés* (aunque cristiano de la nueva ley). En Holanda caminé con un *Samuél* : en Alemania viajé con un *Josué*, y en Bayona se me agregó un *David* : amen de otros de que no he hecho explícita mención.

He dicho « el célebre judío, » porque *David Séches* es realmente conocido y célebre por su buen humor, no solo en Bayona, sino tambien en las provincias vascongadas, á las cuales hace frecuentes viajes, en las que tiene largas relaciones mercantiles, y cuyo trato y comunicacion le ha puesto al corriente y en aptitud de producirse y explicarse con todo desembarazo no solo en español, si que tambien en vascuence. Asi pues el bueno de *David* tan pronto nos entonaba con su voz de sochantre una canción española, como una zarzuela ó vaudeville frances, como un zorcico vasco : y pasando del « *allons, enfants de la patrie* » de la Marsellesa, al « *serenos, alegres, valientes y osados* » del himno de Riego, y de este al « *tamborilúa, trám pam trám, chilibituchúa, chilibituvá* » de Vizcaya, alborotaba los pueblos del tránsito, atraía los chiquillos al rededor del carruaje, y á nosotros nos llevaba siempre entretenidos y alegres.

De las canciones pasaba á los cuentos, chascarrillos y acertijos, de que era un depósito inagotable, pudiéndoselas apostar al mismo autor de la *Floresta española*, si bien algunos no harían el mejor juego en una Floresta por lo subido del color.

En los pocos ratos de intervalo que ni cantaba ni contaba, se batían y escopeteaban Tirabeque y él en toda regla, versando comunmente sus polémicas y razonamientos sobre las cualidades de judío y de cojo, comun de los dos la una, é individual la otra, y ofreciéndoseles á uno y otro chistes y ocurrencias que nos hacían reír mas de lo que ya buenamente nuestros cuerpos sufrían. Por la noche, cenando en Tolosa, discurrió Tirabeque una estratagemma ó tranquilla para ver cómo arrancaba á David, aunque fuese momentáneamente, una confesion de fe en Cristo : y tomando en la mano un vaso de *sagardúa* ó vino de manzanas, se levantó, y haciendo levantar tambien al judío, le dijo en alta voz : « Señor David, ¿ juráis por Dios y por nuestro Señor Jesucristo que este vino no es de cepas ? » Pero el muy ladino de David contestó á renglon seguido y sin vacilar : « Señor Tirabeque, juro por Dios y por vuestro Señor Jesucristo que no lo es. »

Pelegrin se quedó mustio con la respuesta, diciéndome por lo bajo : « Señor, me venció el maldito judío : » lo que en su boca tenia tanta fuerza como el « *viciste, galilee* » del emperador é impío Juliano. Celebraron todos la oportuna respuesta de David sin envidiarle la creencia : y el resultado fué que el tal David, nos dió la jornada mas divertida que en mi vida viandante he tenido : él

se quedó en Tolósa, y nosotros proseguimos al día siguiente nuestra marcha.

Dulzura castellana.

Siendo como son las provincianas tan amables y tan dulces en su trato, se puede decir que hasta Búrgos no experimentó Tirabeque, ó por mejor decir, no renovó la memoria de la dulzura y amabilidad de las castellanas. Acostumbrado en los hoteles extranjeros á las blandas respuestas que por contestacion á sus requiebros le daban siempre por mal recibidos que fuesen, tentó á hacer lo mismo en el parador de Búrgos; y viendo á una morena y robusta doncella que la cena nos servia: «Muchacha, (le dijo), tienes unos ojos españoles que valen un mundo. — ¡Mire Vd. con qué me viene el demonio del hombre! (le contestó ella.) Los tengo como Dios me los ha dado: y sobre todo, á Vd. no le importan nada mis ojos, que para Vd. no son. — Hija mia, replicó Pelegrin, bendita sea tu amabilidad. »

Pero aun no escarmentó con esta primer tentativa. Habiéndonos servido el primer plato, le probó Pelegrin, y hallándole un tanto soso, le dijo á la doncella: «Francisca, la sal que á ti te sobra le falta á esta ensalada. — Pues si le falta (le respondió), ahí está el salero; y si no lo que no gusta se deja. Ahí tiene Vd. tambien ensalada de cardo, que puede que esté mejor. — ¿Qué mas cardo que tú, áspera hija del Cid, si cada respuesta tuya semeja, no digo una espina de cardo, sino una pua de erizo ó de puereoespin? ¿Me podrá Vd. decir qué tierra es esta, mi amo? — Tú te has olvidado, Tirabeque (le dije), del carácter de nuestras paisanas: tan áspera y esquiva como ves que te se ha presentado á primera vista esta muchacha, témome que habéis de concluir por haceros mas amigos de lo que sea menester. »

Y así fué que tan luego como se penetró de que era Tirabeque el que la requebraba, se desvivia por servirle, y concluyó rogándole de todo corazon que descansara algun día en Búrgos, á lo cual le conocia yo á él un tanto inclinado. — « Señor, me decia, estoy convencido de que no hay en el mundo criaturas mas entrañables y de mejor corazon que estas castellanas. — ¿No te lo dije? Vamos, vamos á dormir un rato, que la diligencia sale á las tres de la mañana. »

En su lugar, descanso.

Nada de particular ocurrió de Búrgos á Madrid sino la continuada comparacion que la pobreza de aquellos pueblos, la desnudez de aquellos habitantes, y el desaliño de aquellas posadas nos daban ocasion de hacer con los pueblos, trajes y fondas de allende, y las reflexiones y meditaciones que sugeria el contraste que con ellos formaban, las cuales convendrá pasar en silencio para bien de nuestras conciencias y tranquilidad de nuestros espíritus.

Llegámos pues á Madrid sanos y salvos á los cuatro meses y medio de nuestra salida: entrámos en nuestra celda, hicimos venir unos cuantos periódicos para informarnos del estado en que á nuestro regreso se hallaba la España, y la encontramos..... para consuelo nuestro, unos cuantos grados mas descuadernada y mas desvencijada que la habíamos dejado.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.